



DOLOR, ANGUSTIA
Y SOLEDAD

Stefan Radojicic

DOLOR, ANGUSTIA
Y SOLEDAD



Primera edición: septiembre de 2026

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Stefan Radojicic

ISBN: 979-13-88411-34-2

ISBN digital: 979-13-88411-35-9

Depósito legal: M-22408-2026

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Convertir el dolor en melodía escrita
es la forma de arte para vivir sin apretar el gatillo.*

Sufrimiento

Somos el arte de la agonía que corre por nuestras venas, inundando la oscuridad que alimenta el corazón de un poeta, vagando por las calles entre cafés y música; buscando el desconsuelo de la angustia, en la pintura escrita de la soledad o la taciturna experiencia de una vida cantada.

De camino

Con el mar a la espalda, la montaña con sus picos nevados a un lado, la luna llena de fondo y el cielo tornándose rojizo y violeta, voy en busca de mi hogar conduciendo un coche prestado.

Tengo la mano derecha sujetando el volante por la parte baja, mientras que la izquierda sujeta mi cabeza con el codo apoyado donde la ventilla se esconde bajada. Noto el aire entrar suavemente y hacer ondear mi cabello; aún huele a playa, pero con el frescor nocturno de las cimas. Al igual que se mece el ambientador de limón, mis pensamientos hacen efecto péndulo en un ir y venir de preguntas sin respuesta, parecidas al rumbo que he tomado.

La carretera es mimosa con las ruedas, como si estuviera recién planchada, como la camisa desabrochada que deja mi pecho descubierto. No hay más vehículos, si apagara el motor quedaría todo en un silencio igual al que dejan los hechos pasados poco olvidados.

Las respuestas son el destino que he escogido, un rumbo lleno de curvas y cuestas rígidas, calzadas con grietas y desniveles de alquitrán.

Empieza el frío a abrazar, mejor será cerrar las ventanillas, arrojar luces largas y concentrarse en no pensar, con ambas manos sobre el volante circular.

Uno de enero

Me he ido de Granada y no volveré siendo el mismo, con mil lágrimas en los ojos y el alma rota buscando reconstruirse.

El viaje me espera en coche en mi soledad y pensamientos, podría llamar a mil personas y solo oigo mis propias voces cómo me susurran la cantidad mensajes que solía tener y ahora apenas tengo alguno. No me quejo, realmente es así como debe ser.

El sueño es solo reflejo del cansancio mental que me agota. No puedo dormir, necesito empezar a cumplir mis propias promesas.

Mi autoestima está rota, destruida aun suena hasta demasiado bien.

Este comienzo no es fácil, mucho desorden, sentimientos encontrados, paciencia que me desespera y miedos abrazando mi cuello.

Derecho

Soy de la generación perdida que ha quedado en un limbo entre la nada y el todo, en un lugar donde la vida es maravillosa y cruel al mismo tiempo; esa época de cristal y fragilidad donde no se puede decir nada por cuatro ofendidos que deberían ir al circo, o bien al parque a seguir jugando.

No se oyen nuestras plegarias, ni tampoco hay separación entre pantallas; somos modas sin autenticidad y puros seguidores con cuentas falsas.

Somos la crítica y la queja constante cuando realmente no tomamos acción para y por el cambio; no tenemos derecho a alzar la voz cuando hay niñas violadas, muriendo de hambre y sin agua potable.

Amigos postrados en una cama o con la crisma en el asfalto, a los que si llamo no habrá contestador de voz, solo una nota de audio en favoritos sin borrar la conversación.

En lugar de madrugar y cambiar nuestra vida, preferimos escribir a un dispositivo con una supuesta persona al otro lado, para qué mirar a los ojos o conocer el olor

de esa persona si se puede tener sexo por cámara o sin mirarse a la cara; como si las enfermedades se hubieran esfumado de la noche a la mañana.

Caen bombas en el globo para sostener la economía y vender armas para mantener el reinado de los países del primer mundo; cruel es aquel al que llamarán tercero, cuya reserva tiene más corazón y riqueza de la que tenemos en occidente.

Relaciones abiertas, igual que las piernas o la mente para probar drogas; borracheras de leyenda y humo en los pulmones tras hacer deporte; pero comiendo tofu junto con seitán para ser saludable y tu buen compañero de gimnasio.

Igual que en el sexo y sus mil posturas, son la misma cantidad o más de estas, las fotos para ganar una fama y la aprobación de personas que ni conocemos, pero queremos gustar; que nos admiren y suban el ego, pero mejor operarse para quitarse los complejos; llenar de oro a los psicólogos en lugar de tomar acciones con sentido, y no precisamente burocrático.

Sí, soy de los pocos que quedan y acabaré emigrando o de ermitaño, con su propio huerto y sin rendir cuentas a nadie más que a sus perros.

Lápida de parpadeo

Era un día cualquiera donde salí a andar y tomar el aire después de tanta cárcel de oficina. No reparaba en demasiados detalles, procuraba andar sin pensar lo justo, tratando de mantener la cabeza en blanco.

Iba calle abajo, tráfico típico en Madrid por la tarde, pasé el Bernabéu un par de calles en paralelo y me paré a observar un momento donde antes me encantaba pasear cuando alquilaba un piso en Cuatro Caminos. No sabría explicar cómo fue, pero empezó a través de las construcciones que no estaban allí anteriormente, de las ráfagas de cómo era mi vida y sin darme mucha cuenta, el paso de varios años cayó sobre mi cabeza como una lápida fría y hostil.

Mis sueños no habían llegado, más bien yo no los había perseguido; había dejado de ser, estudiando para tener un buen puesto de ingeniero que me consumía y aceleraba mi vida; ya no estaban las promesas que me juré cumplir ni las ganas de vivir; tengo canas y alguna arruga, no me apetece salir de noche y pienso que estoy más cerca de los treinta que de los veinte y llevo más de un tercio de mi vida en esta ciudad.

Y alguien mayor que yo pensará que tengo toda la vida por delante y debería estar lleno de vitalidad, pero ¿qué hago si mi alma envejecida está?

Yo solo quería no pensar, respirar un poco, mientras que sentía que me había muerto y renunciado a ser quien se suponía que debería ser. Nunca había sido tan infeliz, ni con el estómago vacío, ni sin un techo encima de mí, lo peor me había llegado teniendo una hipoteca, el coche soñado y hasta la bici de capricho para salir a la montaña.

Así es como me lavo la cara cada mañana que no quiero madrugar, donde dejo escapar mi vida cayendo en una rutina que me ha dejado sin nada, como los amigos que he visto morir en la misma siendo más pequeños que yo según su carné de identidad.

Muertos en vida es como les denominaba, y ahora soy uno de ellos, sin ser capaz de renacer ni de mi propia cabeza.

Desaparecido

Si las luces se apagaran, mis ojos se cerrarán, mi dolor no cesaría de la intensidad que sintió mientras mi último aliento exhalaba.

No se encendería ninguna estrella en el cielo, pero me encontrarías en los bosques y montañas que una vez escalé buscando el sentido de la vida o una paz propia.

En el silbido del viento moviendo los brotes nuevos y haciendo caer hojas muertas al suelo, secas y doradas pintando el mosaico; el olor a pino y sus pinchos añadiendo musicalidad en su crujido al pisarlas.

En el café de supervivencia o placer, en cada sorbo, aroma o su simple acto de ser; seré un mero recuerdo o una enfermedad proscrita.

En la energía, en el sentimiento, en la responsabilidad, en el amor, en el dolor y en la soledad; sea visto o sin ver, seré el guarda que velará la espalda de sus seres queridos, amigos convertidos en familia, aquellos en los que huella dejé por un mundo mejor.

Frío glacial

Me tumbé subiendo los pies en un taburete, con la cabeza apoyada en una almohada sobre el cabezal, una lámpara iluminando mi libro y mi manta favorita con pelitos suaves. Estaba tan entretenido con la lectura que quedé dormido rápidamente.

Mi corazón bombeaba a la velocidad de luz, arremetía contra la cárcel de costillas en busca de conseguir sacarme de mi cabezada nocturna.

Abrí los ojos a la par que tiritaba por culpa del frío que hacía; todo el salón estaba lleno de estalactitas y estalagmitas, las paredes relucían recubiertas de una capa de hielo azulado y blanquecino, parecía estar en una grieta o la cueva de un glacial.

El viento era fuerte, las gotas que se suicidaban desde la punta de las estructuras heladas caían sobre mí, traspasándome y calando mis huesos. El colchón del sofá parecía ser roca, yo no atrevía a moverme apenas y buscaba la manera de recuperar algo de calor corporal.

A punto de morir por hipotermia, vi que mi manta se había caído al suelo destapándome, por lo que la

cogí y me acurruqué entre sus pelitos para poder seguir durmiendo. El libro se quedó apoyado sobre la lámpara, seguramente si pudiera, se habría quedado pensando en cómo somos los humanos de exagerados al quedarnos destapados por la noche.

El primer amor

Se me había olvidado lo bien que me hacías sentir cuando acababa de grabarte mis comeduras y pensamientos, de aquellas noches entre el piano de fondo y la cálida luz de la lámpara.

Respiro y ajusto los graves del altavoz que retumban un poco gastados después de estos años. Vuelvo a inspirar el ambientador a vainilla y madera recién cortada, este es el olor de la paz de mi hogar.

Pienso en ella y la extraño, daría lo que fuera por poder pasar la noche en un autobús y visitarla por unas horas, pero no puedo, apenas tengo un céntimo que gastar en algo que no sea indispensable, y eso es lo que me digo cada vez que la pienso, aunque bien sepa que pasaría un mes sin comer por dormir una noche con ella y volver a besarla como la primera vez.

Al final acabaré yendo, quizás sin previo aviso y pidiéndole que me enseñe su ciudad a modo de excusa para estar con ella más tiempo, para que hagamos de algún sitio nuestra cafetería favorita y que a escondidas nos robemos algún beso.

Algún que otro paseo donde tenga frío en las manos y no quiera soltar las mías ni sacarlas de los bolsillos, que cuando la mire y piense que es una locura, me dé completamente igual porque se haya parado mi tiempo, así como del salto y agarre de koala nada más vernos en la esquina de encuentro. Sí, allí donde me temblaban hasta los cordones de las zapatillas por haberme imaginado, y aún sigo haciéndolo, ese instante una y otra vez mientras no puedo parar de reproducirlo, como la canción que quisiera bailáramos juntos.

Es curioso, lo que un par de preguntas arrancaron, un habla desde el corazón y sentados en una esquina del hotel acabábamos, entre besos, caricias y formas de ser compartidas; como si nos conociéramos de siempre, rogando porque aquel momento no acabara, que fuera solo un poco más, solo un instante más.

«Ojalá viviéramos cerca uno del otro». Nos repetíamos hasta el infinito cada día.

Entre lágrimas y aquellas miradas de complicidad al poco rato, justo poco después en el arte que compartíamos, el que nos había cruzado y unido.

Y poco después, allí nos miramos por última vez, con aquellos ojos gritándose tantas cosas, queriendo abrazarse, besarse, despedirse una vez más, casi alcanzaban a componer una canción de cuanto se decían.

Fue la última que subió al taxi y, al igual que un suspiro, desapareció en aquel horrible calor que agonizaba aquel día y del que ella había hecho que me olvidara por completo, como de tantísimas otras, como un golpe de realidad y depresión nada más cerrarse aquella puerta.

Me levanto a duras penas, me restriego los párpados que noto algo húmedos, bajo la música y hasta oigo que las teclas del piano suenan tristes, mientras la extraño, la sueño, la pienso y le escribo a cada momento que puedo, recreando el día perfecto entre dos diferentes humanos en un entorno enrarecido por una sociedad que gime sarcasmo.

Móviles

Curioseando en mis redes sociales, leyendo el periódico online, mirando páginas de ropa rebajada o hablando con mis compis por aplicaciones gratuitas y repletas de iconos. Así es como suelo estar, le mando una foto, quizás un vídeo, nunca falte el comentario de la comida o una cara divertida.

Puedo estar horas y horas sin parar, es genial; podría no dormir para saber qué canción viene después de la que escucho ahora o acabar viendo vídeos absurdos de mi personaje favorito.

Caricaturas que provocan mi risa, un buen cotilleo a media tarde y mi profesional opinión sobre el tema a tratar entre todos y todas.

Me encanta pasar tiempo con mi teléfono, más que salir a pasear o tomar el aire, siempre es mejor quedarse en casa o quedar con alguien para no mirarnos a la cara y estar a lo nuestro cada uno.

Y así fue como para cuando quise darme cuenta, el móvil se apoderó de mi mente, controlando mi cerebro y destrozando una sociedad que solía ser sana.

Lejos

La mejor generación será siempre la de los noventa, la última que creció sabiendo la dureza de la vida, sin teléfonos, ni estupideces que corrompen el alma.

La última que vio cómo sus padres eran hombres de verdad y sus madres mujeres de valor; cuando llegar con las rodillas y codos sangrando era sano y no sobreprotección; donde había que ser fuerte y educado hablando de usted a los mayores, con respeto a los profesores y el por favor como objeto obligatorio.

El mundo ya no es nuestro, ni quedan personas como las de antes, estamos en extinción en esta sociedad adolescente que nos hunde y cierra queriendo volver a nuestra niñez, para solo volver a recordar cómo era el mundo de verdad que nos permitió criarnos.

Jugando a los tazos, las canicas, los cromos, las estampas, tardes enteras de cartas, balón y tocando timbres para salir corriendo.

Llamar por el teléfono fijo a la chica que te gustaba era valor de verdad y el timbre de tu colega para preguntarle si salía a jugar; a las once en casa y cada media hora un

«ven para que te vea». Un par de euros en el bolsillo y las pipas Tijuana no faltaban, el agua de la fuente o teniendo hartos a los del bar; lo teníamos todo y nada a la vez.

Ya cada vez quedamos menos, vamos sucumbiendo, corrompiendo, perdiendo la última esperanza en encontrar nuestro sitio; ya no somos nada o bichos raros que no saben si traer criaturas al mundo para que tengan que luchar por un triste salario mínimo.

Nos hemos quedado en medio de este mundo partido, tratamos de convertirnos o adaptarnos, pero no encajamos y sufrimos; vamos a la vieja usanza y tampoco somos acogidos para poder sobrellevar este peso. A veces sueño que somos la última esperanza del futuro y otras me planteo si jubilarme junto a un árbol y rendir este tributo como mensaje final.

Seguiremos luchando, quizás en vano, por un legado mejor que el nuestro, por la vida que tanto amamos; los domingos de pollo, gazpacho y juegos de mesa en la familia que hemos formado, de la que nos enseñaron es nuestra generación y debemos tomar partida, que es cuanto nos queda.

Macaco

Soy un simio malherido en un planeta de humanos extintos.

Vallas y barrotes que separan lo salvaje de lo civilizado, una especie de segmentación entre tribus donde lo correcto se ha vuelto erróneo y se ha generado una creencia absurda de la ciencia y la verdad.

Es más fácil cambiarse de género, sentirse e identificarse como algo absurdo, que cambiar el escape de tu coche. Donde ir al gimnasio, cuidarse, trabajar duro y tener clara tu orientación sexual sin haber probado a ser homosexual, es denominado masculinidad frágil.

Este es el lugar que se ha creado, donde se llama igualdad a la generación de bienes en buenos puestos, que son los que interesan; pero en los trabajos físicos, duros, injustos y crueles, en esos hacemos la vista gorda. Donde predicamos la igualdad de condiciones, pero ignoramos que el mayor número de suicidios, accidentes laborales, encarcelados, muertos en guerras, de aquellos que dieron y dan su vida por sus mujeres e hijos, son hombres.

Se nos ha olvidado quién construyó la civilización y quiénes fueron aquellos que mentían en su edad para alistarse en la guerra y proteger a su madres y hermanas. Hemos olvidado la importancia y el significado de un padre, intentamos forzar algo que no es genéticamente correcto porque queremos que lo sea políticamente; una absurdez monumental que pasa factura.

Sucumbir ante los sentimientos, una depresión social que fuerza a los hombres de antes a la soledad, aquella en la que han perdido un propósito en la vida y no tienen a nadie con quien siquiera hablar.

Es un insulto y un fracaso morir para un hombre sin haber alcanzado su máximo potencial físico e intelectual, sin ver la belleza de su cuerpo, sin el sacrificio y el dolor que conlleva vivir y progresar.

No sucumbir a las modas de no tener hijos y no querer formar una familia; de relaciones abiertas y estar de acuerdo con que tu pareja se acueste con otros; de encontrar amigos a los que llamar hermanos, ser felices con tan poco como una cerveza y unas risas hablando burradas y tonterías que solo tres entienden.

Ser un salvaje y vivir en este mundo que arde en sus propias llamas sin aprender del pasado, esta es nuestra guerra que nos hace sangrar de manera invisible, una oda a la verdad de que somos la poca resistencia que queda.

Horcas de sangre

Parece que sigo siendo aquel estúpido enamorado que deambula buscando algo en estos pasillos, entre unas paredes laberínticas.

En estas aortas negras, corriendo a contracorriente, ahogándome en mis propias lágrimas y atando nudos sobre mi garganta, busco una cueva donde desangrar mis gritos que yacen sin dolor, donde clavar mis ojos para no ver más, donde abandonar un corazón que no palpita sin sufrir.

La piedra es áspera y tan fría como estos pensamientos que bombardean mi cerebro, aquellos que hacen temblar los cuchillos entre mis costillas, los que buscan golpear mis nudillos hasta brotar cataratas de sangre.

Solo quiero apagar este órgano tan frágil y terco, tan estúpido y ciego, tan imbécil y amante de dolor.

Banco de calle

Hacía frío aquella noche mientras me acurrucaba con la nuca apoyada en la mochila, no me cabía la espalda del todo entre las maderas del banco y casi que los pies tampoco.

Me daba vergüenza estar en algún portal o cajero, pero al menos me colé en aquel rellano jugándomela a que alguien me encontrara mientras trataba de evitar resfriarme.

No recuerdo cuántas noches fueron, ni cuánta el hambre que pasé sin suplicar clemencia o pena de nadie.

Mientras me forjaba y me quedaba sin la poca adolescencia que me quedaba, convertía mis venas en unas raíces fuertes, en general en un ser que la sociedad le daría miedo entrar en su cabeza, pero que amaría conocer.

Una poesía o prosa que rima y parece prescrita o compuesta, una afable forma de arte y una soledad injusta que piensa que se miente.